

3.

EL VALOR DE LA LEALTAD. - UN EJEMPLO EN LA HISTORIA

The value of loyalty, an example in history

Dr. en Psic. Eduardo De la Fuente Rocha

Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Departamento de Educación y Comunicación. División de Ciencias

Sociales y Humanidades,

CP: 03100, Tel: 044 55 3736 2486,

fuentee@correo.xoc.uam.mx, edelafuente83@yahoo.com.mx

Resumen:

En este artículo se parte del supuesto de que cuando un sujeto es leal a sus convicciones tendrá una autoestima sólida que lo motivará y apoyará en la obtención de sus propósitos, en tanto que los individuos que no son leales a sus propias convicciones tendrán una baja valoración de sí mismo, tratará de satisfacer sus ambiciones despojando a los que poseen dicha lealtad, de sus logros, llenándose de envidia y favoreciendo la traición. Para el desarrollo de este ensayo se parte de una reflexión general acerca de los valores humanos para posteriormente enfocarse en el valor de la lealtad. Con esta base se procede al análisis de las manifestaciones psicológicas y comportamentales relativas a la lealtad y deslealtad, manifiestas en un texto original, relativo a un evento histórico escrito por el propio General Sóstenes Rocha Fernández, que ejemplifica la importancia y trascendencia del valor de la lealtad en el caso específico del intento del golpe de estado que se llevó cabo en México el 1 de octubre de 1971, donde se observa como la lealtad sustenta en la práctica a una diversidad de valores que en este hecho glorioso estuvieron en juego. El análisis se lleva a cabo con el fin de

comprobar el supuesto inicial. El trabajo finaliza aportando algunas reflexiones y conclusiones.

Palabras claves: Análisis, Psicología, Historia.

This article is based on the assumption that when a subject is loyal to his convictions, he will have a solid self-esteem that will motivate and support him in obtaining his purposes, while individuals who are not loyal to their own convictions will have a low valuation of themselves, he will try to satisfy his ambitions by stripping those who have that loyalty, of their achievements, filling himself with envy and favoring betrayal. For the development of this essay, we start from a general reflection about human values to later focus on the value of loyalty. On this basis, we proceed to the analysis of the psychological and behavioral manifestations related to loyalty and disloyalty, manifested in an original text, related to a historical event written by General Sóstenes Rocha Fernández himself, which exemplifies the importance and significance of the value of the loyalty in the specific case of the attempted coup that took place in Mexico on October 1st, 1971, where it is observed how loyalty in practice sustains a diversity of values that were at stake in this glorious event. The analysis is carried out in order to check the initial assumption. The work ends by providing some reflections and conclusions.

Key words: Review, Psychology, History

Introducción

Para la psicología, los valores humanos, son principios que propician armonía en el diario vivir individual y colectivo. Regulando el pensamiento, el comportamiento y las expectativas tanto de los grupos como de sus integrantes, pues en ellos está fundamentado el sentido de nuestra existencia, la búsqueda de la plenitud de ésta y su continuidad. En las diversas etapas de la historia cada pueblo ha dado mayor importancia a unos valores que a otros, lo mismo los individuos.

En este trabajo se destaca la importancia que los valores humanos tienen en la sustentación de la vida y cómo, cuando éstos se pierden, favorecen en los individuos, la formación de tendencias destructivas o de muerte. Desde la perspectiva psicológica, un sujeto que reconoce en sí mismo estos valores y se comporta y expresa con base en ellos, fortalece su autoestima, lo que se manifiesta en una vida digna y plena. La vida del sujeto para ser íntegra exige algo más que una presencia social convencional; requiere de un espíritu superior que permita la defensa y la lucha de los propios valores en favor de la preservación de la vida en sus distintas manifestaciones.

A continuación, y a partir de la mirada general sobre los valores humanos, y posteriormente del valor de la lealtad, se hace referencia a la puesta en práctica de un valor, el de la lealtad, entendida, como un fuerte compromiso hacia la realización de una causa específica, que de manera consciente desea llevarse a la práctica, lo que hace que un sujeto se comprometa y ame intensamente ese objetivo. Este trabajo parte del supuesto de que cuando un sujeto es leal a sus convicciones tendrá una autoestima sólida que lo motivará y apoyará en la realización de sus propósitos, en tanto que los individuos que no son leales a sus propias convicciones tendrán una baja valoración de sí mismos, tratarán de satisfacer sus ambiciones despojando a los que poseen dicha lealtad, de sus logros, llenándose de envidia y favoreciendo la traición.

Para apoyar este supuesto, se lleva a cabo el análisis del contenido psicológico y conductual, implícito en un hecho histórico, que muestra un ejemplo claro del valor de la lealtad. Para ello, se procede primero a la presentación del documento histórico escrito por el General Sóstenes en el que se narra la defensa que él mismo dirigió, de la Ciudadela en la Ciudad de México, en el año de 1871, en el gobierno de D. Benito Juárez García, durante un intento de golpe de Estado. La vida y la muerte se entrelazan en la narración, siempre orientadas por la preservación de los ideales y específicamente por el valor de la lealtad.

En el siguiente apartado se analiza dicho pasaje, buscando ofrecer al lector un conjunto de observaciones relativas a los comportamientos de los distintos personajes leales y desleales, que intervienen en el pasaje histórico con el fin de sustentar el supuesto inicial.

El texto finaliza con las conclusiones a las que nos lleva esta reflexión sobre la importancia de la apropiación de los valores humanos, específicamente en este caso el de la lealtad, destacando su importancia y trascendencia en la conformación de la autoestima en un sujeto y la baja autoestima en aquellos que han renunciado a ser fieles a sus propios generando en ellos envidia, rivalidad y traición.

Los valores humanos

Para Platón referirse a los valores de las cosas o la esencia de ellas es hablar de lo mismo. El ser y sus valores se hallan integrados en una misma naturaleza

“el ser verdadero, es decir, las ideas, poseen la máxima dignidad y son por ello genuinamente valiosas; decir que algo es y que algo vale, es, pues en este caso decir aproximadamente lo mismo. (Ferrater, 2001, p. 3633-3634)

La esencia del ser está también integrada a su vida. Es la vida misma del ser. Y los valores son las diversas facetas desde la cual es y puede sostenerse la vida.

A partir de la comprensión de estos principios de vida, el hombre ha establecido diversos lineamientos y normas, a las que ha considerado válidos para un tiempo y lugar.

La manera específica de interpretar los valores universales se adapta a las necesidades de cada grupo e individuo, en una determinada circunstancia.

Sin embargo, su esencia, permanece en el tiempo, y aunque la comprensión y su sentido profundo no lo alcanzamos, tratamos de esbozar para cada situación una visión de tales valores con el fin de garantizar la continuidad de nuestras vidas.

Diversas son las áreas del conocimiento que se han abocado al estudio de los valores, entre ellas está la filosofía. La psicología, también retoma este tema con especial énfasis en la integración de la identidad de cada sujeto, así como en la conformación de conductas disfuncionales producidas en muchos casos por la inadecuada percepción individual en sus constructos cognitivos axiológicos.

El trabajo en estos espacios del conocimiento es la profundización en el entendimiento recóndito de estos valores pues en ellos se sustenta la esencia del ser y de la vida. La

pérdida o inadecuada percepción de los valores abre la puerta al sentido opuesto a la vida, a la pulsión de muerte que trata de destruir la vida del otro como principio básico general, para afirmar el propio poder y la ambición personal considerando así que la vida propia adquiere sentido en la destrucción del otro.

Para Sigmund Freud, existen dos instintos en la energía psíquica del ser humano: La pulsión de vida y la de muerte:

Uno de esos instintos, que laboran silenciosamente en el fondo, perseguiría el fin de conducir a la muerte al ser vivo; merecerían, por tanto, el nombre de instintos de muerte y emergerían vueltos hacia el exterior por la acción conjunta de los muchos organismos elementales celulares, como tendencias de destrucción o de agresión. Los otros serían los instintos sexuales o instintos de vida libidinosos (el Eros), mejor conocidos analíticamente, cuya intención sería formar con la sustancia viva unidades cada vez más amplias, conservar así la perduración de la vida y llevarla a evoluciones superiores. (Freud, 2021, p.102)

Valores tales como la solidaridad, el respeto, la verdad, la honradez, el honor, la responsabilidad o la paz son formas del Eros, que la vida misma conlleva para su preservación, manifestación y continuidad

Los valores universales, también pueden ser clasificados y definidos por el sistema social, y constituyen el acuerdo colectivo de lo que debiera entenderse por cada uno de ellos en cierto espacio y tiempo. Es una forma lógica y axiológica que apoya las normas sociales, y es también establecida en las familiares, en las institucionales y a nivel intrapsíquico. Cuando el sujeto busca una percepción intuitiva de las fuentes del conocimiento de los valores se está acercando a la definición de la vida y a lo que ésta es. Cuando retoma las percepciones que la sociedad le ha implantado está yéndose por una percepción externa y por el fortalecimiento del “yo” que retoma la percepción de la comunidad en la que se encuentra inscrito. En este caso se dirige al deber; al “debe”. Ferrater lo explica así:

La afirmación de que hay relación entre hechos y valores, o la de que no hay una relación tal que pueda dar lugar a una derivación de los segundos

a partir de los primeros, es paralela a la afirmación de un abismo entre el “es” y el “debe”. La afirmación de que hay relación entre hechos y valores es asimismo paralela a la afirmación de que hay alguna conexión entre el “es” y el “debe”. (Ferrater, 2001, p. 3637)

Cuando una educación se basa en los valores humanos, aportará seguridad, confianza y fortaleza. Los que en ellos hayan sido educados, tendrán más claridad acerca de lo que hay que hacer y de lo que pueden esperar de los demás.

El propio Nietzsche tenía conciencia de la importancia de la noción de valor como tal, por cuanto hablaba de “valores” y de “inversión de todos los valores. De este modo se descubría el valor como fundamento de las concepciones del mundo y de la vida, las cuales consistían en la preferencia por un valor más bien que en la preferencia por una realidad. (Ferrater, 2001, p. 3634)

Las experiencias de vida y sus variaciones o valores han formado imágenes comportamentales básicas. Algunas han sido constituidas a través de la evolución humana, conformando una psique colectiva y por tanto un inconsciente colectivo. Estas imágenes son heredadas como estructuras en la psique del individuo y Jung las denominó “Arquetipos”. Estas estructuras ofrecen a cada individuo una base heredada general que les permite, junto con los efectos de su interacción social, tener una noción personal y un acercamiento al entendimiento de los valores.

Cada sujeto o grupo tiene su propia percepción interna y un acercamiento al entendimiento general de los valores. Es decir, que se puede tener una concepción heredada introyectada de los esquemas e imágenes sociales relativos a los valores que la comunidad, para su vida, establece como esenciales, así como la forma en que estos han de entenderse. Pero, también, cada sujeto, tiene su propia percepción de lo valioso y con ello conforma una estructura psíquica que busca la concordancia entre el sujeto y la realidad que le circunda, fortaleciendo una forma profunda de la propia esencia de vida a la que Jung denomina “Sí mismo” o “Self” (Sharp,1994,179). Esto establece la diferencia entre el trabajo del Self o ser esencial de la valoración en cada uno de nosotros

y el trabajo del yo como acuerdo con las valoraciones sociales. Jung, en relación con esto, afirma que:

“un espíritu que responda a nuestros más altos ideales ha de encontrar sus límites en la vida; sin duda el espíritu es imprescindible para la vida pues una mera vida del yo, como sabemos de sobra, es algo sumamente deficiente e insatisfactorio. Sólo una vida que se vive con un espíritu determinado es digna de ser vivida. Resulta un hecho curioso que una vida que sólo es vivida desde el yo, por regla general no sólo le parece insípida al propio interesado, sino también a los que le rodean. La plenitud de la vida exige algo más que un mero yo; necesita un espíritu, es decir un complejo independiente y superior que sea capaz por sí solo de hacer que se manifiesten vivamente todas esas posibilidades anímicas a las que no puede acceder la conciencia del yo.” (Jung, 2004, 336-337)

Asignamos subjetivamente diversas interpretaciones a los valores y ello nos trae mejores posibilidades de vida abatiendo los conflictos humanos cuando la asignación subjetiva es funcionalmente adecuada a las circunstancias, pero cuando no lo es, llega a favorecer formas de destrucción. La pérdida de valores en un individuo o en grupo puede estar propiciada por la ambición desmedida y ello favorecerá el desarrollo y ejercicio de la pulsión de muerte.

Cada uno de los valores presenta su opuesto antagónico, y éstos son tan valiosos unos como los otros, pues todos ellos conforman parte de las formas de preservación de la vida. Así, por ejemplo, el matar, puede ser en un momento y en un lugar el sentido valioso del grupo pues ello permite la continuidad del sujeto o del grupo. Otro ejemplo sería el matar a un virus que puede dejarnos sin vida es una labor altamente valorada en algunos casos.

Los valores se presentan siempre polarmente, porque no son entidades indiferentes como las otras realidades. Al valor de la belleza se contraponen siempre el de la fealdad; al de la bondad el de la maldad, al de lo Santo, el de lo profano. La polaridad de los valores es el desdoblamiento de cada cosa valiente en un aspecto positivo y en un aspecto negativo. El aspecto negativo es llamado frecuentemente disvalor (Ferrater, 2001, p. 3636)

Cada sociedad da mayor importancia a algunos valores e implanta en su filosofía de vida, estos valores morales de manera prioritaria. Así, si una comunidad tiene que desarrollar el valor de la defensa del territorio, exaltará el patriotismo para preservar la continuidad de la vida de la nación, en tanto que, si otro grupo tiene que enfrentar a algunos traidores, validará la lealtad como valor principal.

El valor de la lealtad

Para el texto que se presenta a continuación, la lealtad es un valor de inapreciable alcance, por ello cabe hacer una reflexión acerca del mismo antes de abordar el texto histórico del General Sostenes Rocha.

Para Luis Careaga Valdez, de acuerdo con su libro “Tú y los valores humanos”, la lealtad consiste en un apoyo, acompañamiento físico, psicológico y espiritual, automáticamente comprometido para cualquier tiempo circunstancia buena o mala que se tiene para con alguien” (Careaga, 2014). Este autor sostiene que la lealtad lleva implícita la cooperación mutua y comprometida para lograr un objetivo. Lleva implícitas también la amistad, la generosidad, la reciprocidad el amor y la nobleza y ubica este valor entre los prioritarios.

Josiah Royce (Thilly, 2000) propuso en 1908, en su trabajo “Review of The Philosophy of Loyalty” que la lealtad era la principal virtud, que se encontraba en el centro de las demás, y que era la base y sostenimiento de todos los deberes. Royce señala que la lealtad está en el centro de los valores humanos. Este autor, define la lealtad como una devoción de una persona hacia una causa específica la cuál, de manera consciente la lleva a la práctica.

Para Royce la lealtad no tiene como finalidad al propio individuo, sino que es, a un elemento objetivo y fuera del propio sujeto. Por ella, el sujeto se compromete a una causa a la que ama profundamente.

Por su parte, Richard P. Mullin (2005) asigna tres características a la lealtad. La primera es la de la voluntad puesto que la lealtad se practica libremente. La segunda señala que se manifiesta en la vida cotidiana en forma práctica y activa. La tercera característica que Mullin asigna a la lealtad es que porta un fuerte compromiso hacia la realización de un objetivo. El texto original del documento histórico es una muestra de la lealtad del

General Sóstenes Rocha al Gobierno de D. Benito Juárez García durante el intento de golpe de estado en México en el año de 1871. De la narración de sus memorias militares escrita de su puño y letra se extrae esta historia. En ellas puede observarse el juego dual de la vida y la muerte y los valores jugándose las posiciones protagónicas y antagónicas, tratando de encontrar una salida a la preservación de los ideales en lo que el General tenía una total fe. La síntesis del texto se presenta a continuación

El General Sóstenes Rocha, muestra en este pasaje histórico, el perfil de un hombre con un espíritu superior, seguro de sí mismo que porta altos valores como son: el reconocimiento de la unidad familiar y su afecto, el respeto y reconocimiento de las cualidades de la mujer, la amistad, el apoyo a los compañeros y el reconocimiento a sus capacidades, la prudencia, la gratitud, la caballerosidad, la inteligencia, la preparación y el don de la oportunidad, pero por encima de todos estos valores, destaca en forma esencial su lealtad, la cual, lo liga al sentido profundo de la vida y empuja a los que le circundan a lograr una meta que cumpla con el compromiso de vida planteado, haciendo digno el sentido de vivir. La lealtad para este militar es la plenitud misma de la vida.

El General Sóstenes Rocha. Un ejemplo de lealtad

Laureles de Gloria Libro 2.- 3ª parte. Ataque y toma de la ciudadela de México el 1 de Octubre de 1871

Capítulo 1

Un ayudante mío me da parte del movimiento de la Ciudadela. - Tomo mis disposiciones. Se me nombra Jefe de las Tropas de operaciones. Reconocimientos y preliminares. Asalto. - Victoria.

Cuando llegué de Tampico a la capital de la República me alojé en la casa de Pablo mi hermano que vivía en el callejón de Sta. Inés. Su familia se componía de María su esposa, joven simpática, fina y de costumbres virtuosas; dos pequeñitos, su hermana Manuela y sus suegros. Todos vivían en la más cordial armonía, cosa muy natural, dado el carácter dulce de mi hermano.

Como el partido porfirista se agitaba incesantemente y no dejaba un momento de conspirar, temiendo el Gobierno que de un instante a otro se perturbara la paz pública, y gozando yo ya de su mayor confianza, se me significó el deseo del Sr. Presidente de que yo permaneciese algún tiempo en la capital a pesar de que ya se me había honrado con el mando de la 3ª División cuyo cuartel general debía estar en la capital del Estado de San Luis Potosí. Permanecí pues en México algunos meses; presencié las fiestas nacionales del 16 de Septiembre, acompañando al Sr. Presidente en todos los actos oficiales, llevando el lujoso uniforme de gala que el mismo señor acababa de regalarme.

Tengo un compadre y amigo llamado Joaquín Rangel hijo de un general del mismo nombre, perteneciente al antiguo ejército en el que sirvió en el arma de artillería con cierta distinción. Este compadre me debía muchos favores y por mi pequeña influencia cerca del Supremo Gobierno había logrado llegar hasta la categoría de Coronel de guardia nacional. Había servido a mis ordenes algunas veces, y aunque de poco espíritu y no teniendo ni una sola de las cualidades que constituyen a un soldado; jamás di contra él, informe alguno que pudiera perjudicarlo. Pronto se verá la manera como pagó la consideración y cariño que yo le dispensaba.

En los últimos días de septiembre, no recuerdo en cual, vino a visitarme y me dijo:

- Compadre, el día 1 del mes entrante va a tener lugar una gran comida en el Tívoli de San Cosme entre varios amigos nuestros; he sido comisionado por ellos para invitar a usted pues desean vivamente que usted ocupe un cubierto en su mesa.

Informado yo, de quienes eran esos amigos y viendo que todos eran personas honorables, no tuve dificultad en aceptar y contesté a Rangel.

-Acepto con mucho gusto compadre, y hágame usted favor de dar de mi parte a esos señores las gracias por su bondadosa invitación.

-Así lo hare, me contestó Rangel. Ya sabe usted, prosiguió, el domingo que viene, 1 de octubre, en el Tívoli de San Cosme a la una en punto.

Seré puntual.

Rangel, tomó su sombrero, se despidió de mí y se retiró.

La víspera del día citado, no recuerdo bien por qué circunstancia, supo María la esposa de Pablo, que al día siguiente me iba a almorzar al Tívoli y dirigiéndose a mi cariñosamente, aunque algún tanto contrariada me dijo:

-Mañana, es día de mi Santo; hemos preparado una comidita en la que figuran platos, de todo tu gusto; cuento con que no irás a comprometerte para comer en otra parte.

-Pero hija mía, le contesté, si ya estoy comprometido para ir a almorzar al Tívoli con varios amigos.

-Yo no entiendo de eso, me contestó en tono resuelto; mañana es día de mi santo y tú no puedes hacerme un desaire. Pon cualquier pretexto a tus amigos para que te excusen y te quedas, porque yo no paso por otra cosa.

-Pues bien, veré de hacerlo, le contesté.

-Nada de veré de hacerlo, replicó María; ofréceme desde ahora que te quedarás con nosotros y quedaré satisfecha.

Te lo ofrezco, le dije, vencido por su cariñosa insistencia.

En el acto salí a buscar a Rangel para mandar mis excusas a los amigos, mas no me fue posible encontrarle. Luego mis ocupaciones habituales me hicieron olvidar aquella formalidad, y nada mandé avisar para mi excusa.

Se llegó el domingo 1 de Octubre, acompañé a María y la familia a la mesa. Todos estuvimos muy contentos y satisfechos con los sabrosos platillos que habíamos tomado. Después del café y sintiéndome algo pesado me retiré a mi cuarto para tomar un rato de siesta; esto sería como a las tres de la tarde.

Apenas comenzaba yo a conciliar el sueño cuando el capitán Francisco Porto, ayudante mío a quien yo estimaba particularmente por su valor y otras buenas cualidades militares, sin anunciarse y atropellando por todo penetró a mi cuarto, me desperté bruscamente y me dijo:

-Mi general, acaba de pronunciarse la ciudadela; me he venido como un loco corriendo por las calles, para participárselo a usted.

Pero; ¿cómo es posible? Le contesté sin querer aún dar crédito a semejante noticia.

Si señor, me dijo, yo mismo lo he presenciado. El batallón de Policía íntegro ha salido de su cuartel, se dirigió rápidamente hacia la cárcel de Belem, forzó la guardia y puso inmediatamente en libertad a todos los presos; enseguida marchó con ellos a la ciudadela, sorprendió a las guardias de artillería, tomó prisioneros a los soldados y oficiales de esta arma, obligó a los primeros a poner las piezas en batería y luego abriendo los almacenes, ha armado y municionado a todos los presos, que en el acto han ocupado las alturas; el batallón ha ocupado las venidas y toda la parte baja del edificio. Dispararon un cañonazo que yo creo fue una señal. Yo he visto todo esto, Señor, y me he apresurado a venirlo a comunicar a usted.

En San Ildefonso, ya cuartel, tenía yo alojado a mi estado mayor, mis ordenanzas y mis caballos, así es que ordené a Porto.

Vaya usted corriendo, sin perder un instante, a que manden ensillar mis caballos y que mis ayudantes y ordenanzas, se dirijan inmediatamente al cuartel del batallón de Zapadores en donde voy a esperarlos.

Porto voló a dar cumplimiento a mis órdenes; yo me quité el traje que traía, me vestí prontamente otro de campana, me fajé a la cintura mi espada y un par de pistolas y poniéndome el sombrero, sin despedirme de nadie, corrí hacia el cuartel de Zapadores.

Ese era el almuercito que Rangel y sus amigos me tenían preparado. En cuanto sonó el cañonazo que anunciaba el movimiento revolucionario, el general Aureliano

Rivera, a la cabeza de ochenta o cien hombres a caballo y bien armados, procedentes del rumbo de Popotla, se volvieron al galope hasta el Tívoli; se derramaron por todos los jardines y esculcaron todos los vericuetos buscándome y gritando:

- ¿Dónde está ese General Rocha? Que lo busquen, que lo atrapen; ¡Viva Porfirio Díaz! ¡Muera el indio Juárez!

En efecto algún tiempo después supe de la manera más cierta que la primera cosa que se había estipulado entre los porfiristas cuando arreglaban su plan revolucionario, era capturarme y aún matarme si yo hacía la más ligera resistencia, pues me hacían el honor de creer, que yo era el único obstáculo serio con que podían tropezar para llevar a buen éxito su movimiento. Creyeron oportuno para conseguir su objeto, valerse de mi compadre Rangel para invitarme a un almuerzo y capturarme en él. Grande pues fue su decepción cuando por más que me buscaron no dieron conmigo. No hay duda, que en esas circunstancias María fue mi providencia.

Cuando llegué al cuartel de Zapadores me lo encontré con solo la guardia de prevención; como era domingo las compañías habían salido a pasear. Por fortuna había allí algunos oficiales, les ordené que salieran y recorriendo las calles por diferentes puntos ordenaran de mi parte a la compañía que fueran encontrando, que regresaran al cuartel a paso veloz.

En esos días una brigada de mi división compuesta del 13o batallón y del 24o se hallaba en la capital porque acababa de traer una conducta de caudales. Mandé a sus respectivos cuarteles la orden que en el acto se pusiesen sobre las armas y vinieran al de Zapadores que señalé como punto de concentración.

Entre tanto y tal como yo lo había prevenido, al paso veloz llegaron al cuartel dos compañías del batallón que en el acto se armaron y municionaron; las destaque con sus respectivos oficiales, una a ocupar la azotea de Palacio y la otra las torres de la

catedral; con orden de estar perfectamente listas a cumplir con las instrucciones que más tarde se les enviarían.

Llegó el resto del batallón, se armó y municionó y lo mandé a Palacio. Los batallones 13o y 24o llegaron también a poco rato, los hice permanecer sobre las armas en el cuartel y previne al Coronel Condey, Jefe del 24o que tomara el mando de ambos cuerpos y permaneciera en el cuartel hasta nueva disposición sin recibir órdenes más que de mí. Enseguida me dirigí a Palacio a ver al Sr. Presidente.

Antes de penetrar a la 1ª antesala de la Presidencia, encontré a aquel señor que venía apresuradamente. No me saludo y estrechándome la mano amistosamente me dijo, sobre la marcha:

- Ya sabe a lo que viene usted, vamos a la comandancia para arreglar inmediatamente lo que debe hacerse. Es preciso, indispensable, que este escándalo termine hoy mismo.

Bajamos rápidamente las escaleras y subimos al entresuelo en donde estaba instalada la comandancia militar. La pieza en donde desde luego penetramos, no recibía luz más que escasamente por la puerta de entrada; las ventanas que daban a la plaza estaban cerradas. Como entré deslumbrado, solo distinguí confusamente tres siluetas vagas que se veían en el fondo de la pieza. Se adelantaron a nuestro encuentro: eran, el general Don Alejandro García Comandante en Jefe de la 1a División que guarnecía la Capital; el Gral. D. Ignacio Alatorre que mandaba la 2a y el general Junguito que desempeñaba las funciones de comandante militar.

En cuanto se acercaron al Sr. Juárez, les dirigió este Sr. la palabra, en frases breves, concisas y con enérgica entonación.

- Señores, les dijo, es preciso que este escándalo, cese hoy mismo, y que en el acto marchen las fuerzas suficientes sobre la Ciudadela, al mando de un Jefe activo e inteligente. Pero todo eso al momento, al momento, no hay que perder un solo instante.

Lástima me dio el aspecto que tomaron aquellos tres Jefes, hubieran querido reducirse a nada, parece como que les estorbaba el volumen de su cuerpo. Sin duda se imaginó cada uno de ellos que iba a ser nombrado para llevar a cabo la difícil operación. No respiraban, no se movían y permanecían con los ojos bajos sin atreverse a ver de frente al Sr. Juárez. Quise hacer cesar aquella situación angustiosa para ellos y dirigiéndome al Sr. Presidente le dije con voz enérgica y resuelto continente:

- Sr. Presidente, ruego a usted que se me nombre a mi como Jefe del ataque; que se pongan algunas fuerzas a mi disposición para marchar en el acto.

Apenas pronuncié estas palabras, los generales aquellos respiraron ruidosamente y todos a un tiempo llenos de animación exclamaron.

- Si, si, si Sr. Presidente... que se nombre a Rochita, ninguno mejor que él es más a propósito para esta operación.

El Sr. Juárez que indudablemente había hecho las mismas observaciones que yo, se sonrió casi imperceptiblemente con cierto desdén y dijo:

Pues bien, que se encargue Rocha de la operación y se pongan en el acto a sus órdenes las fuerzas suficientes.

- En el mismo instante Señor; dijo D. Alejandro García, que desde ese momento se abrogó el mando en jefe de todas las fuerzas de la plaza, dejándome a mí el simple carácter de Comandante en Jefe de las fuerzas del asalto.

El Sr. Juárez me llamo aparte para darme ciertas instrucciones, y enseguida volvió a subir las escaleras y se dirigió a la presidencia.

Sus instrucciones eran las siguientes: Debía yo atacar rudamente y con la mayor energía, a fin de terminar la operación lo más pronto posible.

Todos los Jefes y oficiales que cayeran en mi poder, debían ser juzgados por un Consejo de guerra sumariamente, y los que hubieron tomado parte en las últimas asonadas de San Luis y de Tampico, así como también los que pertenecieran al batallón de guardia municipal, debían ser pasados por las armas irremisiblemente.

Me dijo, por último, que había mandado a un agente suyo entre los sublevados para que lo tuviera al tanto de cuanto entre ellos ocurriese; me dio su nombre y sus señas particulares, agregando le había dado un papelito que cerca de mi le sirviera de resguardo a fin de que si caía entre los prisioneros no fuera yo a fusilarlo.

Como era natural, pedí a los batallones de mi división que como he dicho se encontraban en la Capital; tenía suma confianza en ellos pues que ya habíamos hecho algunas campanas juntos; además, gozaban la reputación de ser los mejores cuerpos del ejército, pero esta última razón fue precisamente la que el general tuvo presente para denegármelos. Me dijo que era preciso concentrar en palacio, como una importante reserva, las mejores tropas para atender con buen éxito a las emergencias que pudieran sobrevenir. No insistí porque no se creyera que comenzaba yo a poner dificultades.

Las tropas que desde luego se pusieron a mis órdenes, fueron:

El batallón de Zapadores compuesto de: 350 hombres

El 1 de línea de: 380 hombres

Una batería de cañones obuses de a 12 80 hombres

Total, de hombres 810 hombres

Dichos batallones estaban compuestos en su mayor parte de reclutas, pues toda la tropa veterana había cumplido su tiempo de servicio; iba pues a emprender una operación delicada, con hombres que por primera vez iban al fuego. Esta consideración no me hacía mucha mella, porque, sin jactancia, en toda las

operaciones de guerra que he dirigido, mi primer factor ha sido la confianza en mí mismo.

En cuanto a la batería, me ocurrió rehusarla al principio, porque consideré que no podría hacer uso de ella, sino con el inminente riesgo de volar a la ciudadela y con ella una parte de la Capital, por razón de que, estando los almacenes de la ciudadela materialmente llenos de municiones y pólvora en granel, si alguna de mis granadas estallaba dentro de uno de aquellos se produciría indudablemente la catástrofe temida. Pero siempre admití los cañones, proponiéndome no hacer uso más que de la metralla para rechazar alguna salida que el enemigo intentase.

Mandé relevar con otras tropas las compañías de Zapadores que había destacado a Catedral y a la azotea de Palacio; formé mi columna, llevando al frente una mitad lista para formar en tiradores si se ofreciese, monté a caballo con mis ayudantes y poniéndome a la cabeza, emprendí la marcha sobre mi punto objetivo.

Atravesé la plaza de armas, las calles de Plateros, de San Francisco, todo el costado sur de la alameda y frente al edificio llamado la Acordada y que servía de cuartel al batallón sublevado, hice alto.

Baje de mi caballo y me dirigí por la calle para ejecutar personalmente un reconocimiento. En la esquina de la Acordada, estaba el general Fernando Poucel observando atentamente al enemigo. Me dio los primeros informes y me acompañó a reconocer.

El enemigo guardaba esta situación: los presos ya bien armados ocupaban las azoteas de la ciudadela y ejecutaban frecuentes disparos yo no sé sobre quién. En la parte baja, el batallón de Policía dividido en varias fracciones ocupaba avenidas y puntos principales. En el saliente que ve a la calle estaban dos piezas en batería y un destacamento de infantería; las demás piezas habían sido puestas en batería, en diferentes puntos cerca del edificio. La poterna principal estaba cerrada y yo creo que atrancada perfectamente. En la planicie de la ciudadela, circulaban corriendo a caballo algunos Jefes u oficiales, sin duda comunicando órdenes. Por la ruidosa

algarabía que reinaba dentro y que escuchábamos perfectamente, podía calcular que el desorden y la falta de un verdadero plan de defensa estaban entre el enemigo.

Aunque sólo Poucel y yo practicábamos el reconocimiento, pues para no llamar la atención había dejado a mis ayudantes, los soldados enemigos no dejaban de hacernos fuego cada vez que nos descubríamos.

Terminado el reconocimiento regresé a mi columna, trazándome sobre la marcha mi plan de ataque. Desgraciadamente olvide en aquellos momentos qué clase de tropa era la que mandaba; figurábame que era de la mía de la 39 División, así es que pensé que un ataque brusco a la bayoneta resolvería la cuestión en mi favor en pocos instantes; yo no perdía de vista que el Sr. Juárez me había recomendado mucho que procurara terminar en el mismo día.

Llamé a mariscal, a Yepes y a Pablo mi hermano que eran los Jefes principales de la columna; les di a conocer mi plan y les dicté mis instrucciones recomendándoles el mayor vigor en el ataque y la mayor velocidad en el movimiento; hecho lo cual me puse a la cabeza, hice desembocar a la columna y nos lanzamos directamente contra el saliente guarnecido por las dos piezas.

Apenas fuimos vistos cuando dos metrallazos a un tiempo y un fuego vivo de fusilería nos envolvió; casi toda la primera mitad y parte de la segunda con todo y sus oficiales, cayeron por tierra y la columna en desorden y haciendo fuego al aire retrocedió violentamente hasta cubrirse con el edificio de la Acordada. El 1 de línea que no había desembocado, se desordenó igualmente y comenzó a disparar en el aire; las filas se rompían y por momentos esperaba yo que aquella tropa apelara a la fuga; el desorden era inaudito y sólo comparable a mi desesperación. Me metí a caballo entre las filas y con voz tan fuerte como pude dirigí la palabra a aquella tropa:

- ¡Alto el fuego, alto el fuego! Les grité... ¿a quién demonios hacen ustedes fuego? Si me lo quieren hacer a mí, háganlo, aquí estoy ¡vamos! alto el fuego... señores

Jefes y Oficiales, maten ustedes al que haga fuego... ¿Qué es esto? El batallón de Zapadores y el 1 de línea que de tanta gloria se ha cubierto en mortíferos combates, ¿se desordenan ahora y se desmoraliza por sólo dos metrallazos? ... ¡Vamos muchachos, recobren su serenidad y valor! ¡Viva el Supremo Gobierno!

- ¡Viva! Respondieron todos.

- ¡Viva el Presidente de la República!

- ¡Viva!, repitieron

A medida que yo hablaba a la tropa, el orden y la tranquilidad se iban restableciendo en las filas, debiéndose también a los esfuerzos que para conseguirlo desplegaban los valientes Jefes y Oficiales. Por fin, el silencio, el orden y la serenidad quedaron perfectamente establecidos; las fracciones volvieron a alinearse y la columna tomó un imponente aspecto.

Pero mi ilusión se había desvanecido; aquella tropa no era capaz de un asalto brusco, era preciso apelar a otro sistema.

El enemigo seguía entre tanto haciendo fuego, aunque no veía sobre quién; su artillería se dirigía exclusivamente sobre el edificio de la Acordada de cuyo cornisamiento hacia saltar enormes piedras cuyos fragmentos caían entre nosotros. Uno de ellos, le llevó las narices a un pobre oficial ayudante de la Plaza, que venía a avisarme que el 17 de Infantería, y el cuerpo de Policía de a Caballo venían en marcha para reforzarme. Fue preciso conducir al hospital en una camilla a este pobre oficial.

En efecto, pocos momentos después, el 17 batallón y el cuerpo de guardia municipal a caballo, a las órdenes del general Loaeza, llegaban a reforzarme.

Puse al 17 a retaguardia de la columna como mi reserva, y establecí al cuerpo de caballería en la calzada de Bucareli, en observación y apoyando el ala derecha de la línea que me proponía formar.

En estos momentos se me presentó el Coronel Ignacio Revueltas y como había tenido la debilidad de servir al Imperio se hallaba sin colocación ni empleo reconocido en el Ejército.

-Hermano, me dijo, mi situación es sumamente precaria me encuentro sin empleo y sin colocación alguna; vengo pues a acompañarte para que me maten a tu lado o para que cuando termines felizmente tu operación, como lo espero, me recomiendes con el Supremo Gobierno a fin de que se me rehabilite y se me vuelva mi empleo.

-Muy bien hermano, le contesté, vente conmigo y lo haré tal como lo desees.

Fue preciso practicar un nuevo reconocimiento; hice que me acompañaran el General Poucel, Revueltas y un piquete de soldados escogidos para responder de cuando en cuando al fuego que se nos pudiera dirigir y ponernos al abrigo de toda sorpresa. Esta vez y por medio de horadaciones que mandé practicar llegué hasta una fábrica de aguardiente situada exactamente frente a la puerta de la Ciudadela. Mandé a Poucel que regresara a donde estaban las tropas, con la orden de hacerlas venir con las mayores precauciones y por las mismas horadaciones que habían practicado. No tardó en venir con ellas y en el acto procedí a la formación de una línea de ataque ocupando las casas de las dos manzanas que quedan inmediatamente frente al costado norte de la Ciudadela. Parte de las tropas ocuparon por mi orden las azoteas de dichas casas, observando el mayor silencio y procurando no ser vistas; el resto ocupaba las partes bajas de las referidas casas; las bocacalles que por este lado conducen directamente a la ciudadela fueron cubiertas por pequeños destacamentos que desde luego rompieron el fuego.

El 17% de Infantería con la batería de cañones obuses lo mandé situar a retaguardia del centro de esta línea, constituyendo mi reserva.

En estos momentos el General Donato Guerra Coronel del 3 Regimiento de Caballería se me presentó manifestándome que habiendo recibido órdenes de ponerse a las mías acababa de llegar con su Regimiento y venía a recibir mis instrucciones: le previne se situara cien pasos al frente del Cuerpo de Policía de a

Caballo sobre la calzada de Bucareli; procurando escoger un punto tal que lo pusiese al cubierto de los cañones enemigos.

También recibí poco después a un Jefe que me mandó el General Loeza participándome que con mil doscientos caballos se ponía a mis órdenes, que le mandase decir la colocación que debía tomar. Mandele la orden con el mismo Jefe de que extendiera toda su fuerza detrás del Acueducto de Belén procurando cubrirse con los mismos arcos, de los fuegos de la Ciudadela y que estuviese listo y a la mira de mi ataque para acuchillar o tomar prisioneros a los dispersos que se escapasen por la parte Sur de dicho edificio.

Esta era mi situación a las seis y media de la tarde y estos los preparativos del asalto que tenía que efectuarse.

Pero después de bien reconocida la acequia que por la parte del ataque rodea la Ciudadela, observé que la tropa no podría pasarla y quedar apta para el combate; porque en su fondo se aglomeraba una enorme masa de cieno espeso y pegajoso y el agua daría a los soldados hasta el pecho. Ordené en consecuencia al Coronel de Ingenieros Joaquín Rivera, que, tomando de una maderería inmediata, las vigas y tablones necesarios procediese a la construcción de dos puentes manuales y una gran balsa, con las dimensiones precisas para dar fácil paso a las tropas asaltantes. No había pues más que esperar la terminación de estas obras para proceder a la última fase de la operación. Contenteme con hacer que todos los puestos de mi primera línea mantuviesen un fuego flojo y que el grueso de mi fuerza se posesionara de los puntos más convenientes para rechazar alguna salida del enemigo que me parecía probable.

Es muy doloroso para el que escribe crónicas que más tarde pueden servir de datos para la historia, consignar ciertos hechos que por lo menos ponen en duda la reputación de algunas personas; más por penoso que sea, creo de mi deber no pasarlos desapercibidos. Voy a referirme al Sr. general Ignacio Alatorre.

Serían las siete de la noche, cuando estando yo en el centro de mi primera línea se me presentó un oficial ayudante del general que acabo de mencionar, y me dijo:

-Mi general, el Sr. General Alatorre, me ordenó dijese a usted que le está esperando para comunicarle un recado del Sr Presidente: que le haga usted favor de venir conmigo para llevarlo a donde él está:

-Pues dónde está? Le pregunté.

- En una esquina de la calle de la providencia, contestó el oficial.

-Diga usted al general, le dije yo, que no puedo desprenderme de mi línea en la que mi presencia es necesaria, que le ruego venga en persona hasta donde estoy para que me diga lo que desea el Sr. Presidente.

El oficial partió con este recado y como un cuarto de hora después volvió diciéndome:

- Señor, dice el Sr. General, que insiste en que vaya usted a verlo, por tener que comunicar a usted algo muy importante de parte del Sr. Presidente.

¿Pero, por qué no viene él? Le repliqué algo impaciente.

- No sé Señor, me respondió el oficial, y luego acercándose a mí y en voz muy baja, añadió: Perdóneme usted mi general, pero me parece que como para venir acá, hay que atravesar varias bocacalles y sobre todas hace un fuego muy vivo la Ciudadela, no querrá el general exponerse inútilmente.

¡Inútilmente! Exclamé, nunca se expone uno inútilmente cuando cumple con el deber.

Gran cólera me produjeron las vacilaciones de Alatorre, y aún pensé obligarle a que viniese a buscarme, pero reflexionando que quizá me traería alguna orden muy

importante de parte del Presidente, y que se estaba pasando el tiempo de su ejecución, me determiné a ir en su busca.

Seguí al oficial. Pasamos varias bocacalles en donde yo tenía establecidos pequeños puestos que, con su fuego, aunque flojo, provocaban el muy nutrido del enemigo.

Cubierto, en una de las esquinas de las calles de la providencia, distinguí un grupo de personas. Era el general Alatorre con algunos ayudantes.

- General, le dije al llegar, ¿aquí me tiene usted qué es lo que se le ofrece?

Me ordenó el Sr. Presidente, contestó el general, que viniese a ver qué posición tenía usted, a qué estado había llegado la operación y si necesitaba usted algo.

- Pues bien, le dije, venga usted conmigo para mostrarle mi situación y usted juzgará por sí mismo.

- Pero general, me replico, basta con que usted me explique todo; el Sr. Presidente está impaciente por informarse del estado que guardan las cosas y por eso deseo volver cuanto antes.

No general, le repliqué, insisto en que venga usted conmigo pues solo de esa manera podrá usted formarse una idea exacta de todo.

Pero hombre, dijo Alatorre en tono entre festivo y chancista, si están tirando muchos balazos y no me parece prudente exponerse inútilmente.

- ¿Inútilmente? Le repliqué ya muy impaciente. Venga usted, proseguí tomándole una mano, y le obligué a seguirme. De intento, pues era yo muy díscolo con aquellos militares en los que notaba vacilaciones para afrontar el peligro, comencé a atravesar la bocacalle a paso muy corto, recibiendo algunos tiros; Alatorre pugnaba por soltarme la mano y avanzar más aprisa, pero yo no lo soltaba y tenía que ir a mi

paso, aunque agazapándose a cada instante, hasta el grado que me vi obligado a hacerle observar que la tropa lo estaba mirando.

Por fin, atravesamos todas las bocacalles y llegamos al centro de mi primera línea. Se la mostré toda haciéndolo recorrerla; le manifesté que sólo esperaba la conclusión de los puentes para dar el asalto, agregando dijese al Sr. Presidente que por el momento nada necesitaba. El general se despidió de mí, y se apresuró a volverse cuanto antes a Palacio, para dar cuenta de la comisión.

Como a las diez y media de la noche, estando en una de las ventanas de la casa en donde estaba la fábrica de que he hablado, y que queda exactamente frente a la gran puerta de la avanzada de la ciudadela, observé que ésta se abría y comenzaron a salir pequeñas fracciones de infantería que haciendo alto en la calle y sentándose iban formando una columna; era evidente que el enemigo, interpretando mal mi dilación en atacar, iba a verificar una salida sobre mí; mi satisfacción fue grande, pues aquella torpe maniobra, me iba a ahorrar tiempo y a hacer posible el asalto sin necesidad de los puentes. En el acto y sin perder un instante, hice ocupar en el mayor silencio toda la azotea por una buena línea de tiradores; mandé cubrir de la misma manera todas las ventanas de la casa que daban a la calle; previne bajo las más severas penas a los soldados que observasen el mayor sigilo para no ser descubiertos por el enemigo. Con las dos compañías de reserva del batallón de Zapadores, organicé una columna de ataque que puse al mando de mi hermano Pablo Teniente Coronel del mismo cuerpo. Esta columna la mande situar dentro de un corral de la casa, que tenía una pequeña puerta para un callejón, que perpendicularmente desembocaba en la calle donde el enemigo formaba su columna. Tomadas estas disposiciones, hice prevenir a los jefes de cuerpos, que estuvieran perfectamente listos con sus tropas para emprender un movimiento a primera orden; ordené a todos los tiradores, tanto de la azotea como de las ventanas, que al dar yo cierto toque de corneta, rompieran inmediatamente el fuego sobre el enemigo que tenían a quemarropa y que les mostré con las mayores precauciones para no ser observado. A Pablo mi hermano le previne, que en el acto que oyera el toque indicado para el fuego de los tiradores, saliera al paso

veloz del corral y tomando por el callejón se echara a la bayoneta sobre la tropa enemiga. Después de todo lo cual, esperé pacientemente que saliera de la ciudadela toda la tropa que debía formar la columna. Serían las once de la noche cuando ya noté que dicha columna en su completo iba a moverse. Di el toque de indicación y en el acto, la azotea y las ventanas se iluminaron con el vivísimo y certero fuego; el suelo quedó instantáneamente lleno de muertos y heridos y el resto del enemigo con sus jefes y oficiales a la cabeza, sin soportar ni un minuto el fuego y sin contestarlo huyo para dentro de la ciudadela en el mayor desorden. En estos momentos salía yo con Pablo y su columna para cargar a la bayoneta; sólo dos o tres rezagados fueron alcanzados y pasados con esta arma; los demás tuvieron tiempo de cerrar la puerta y echarle una gruesa cadena que la aseguraba.

Todas mis demás tropas con excepción del 17% que mantenía como reserva, fueron llamadas y se pusieron rápidamente en marcha.

Al llegar a la puerta de la avanzada empujamos varios con toda nuestra fuerza, la puerta cedió un poco dejando una abertura de algunos centímetros pues sin duda la cadena era más larga que lo ancho de aquella; junto a mí se hallaba uno de los oficiales de Zapadores de corta estatura y muy delgadito;

-Penetre usted por esa abertura le dije, desenganche la cadena y abra bien la puerta.

El oficial hizo por obedecer mi orden, pero no pudiendo penetrar me dijo:

- No quepo mi general.

- Ahora verá usted como si cabe; le contesté, y tomándolo con ambos brazos, lo empujé con tanta fuerza, que, aunque casi sofocado pasó al otro lado. En el momento desenganchó la cadena y abrió la puerta, yo, Pablo y la tropa nos precipitamos como un torrente, pero al momento nos acogió el enemigo con una lluvia de balas y de metralla desde las azoteas y las puertas del edificio. Multitud de hombres muertos y heridos cayeron a mi lado. Traté de avanzar con ellos sobre la

posición, pero mis esfuerzos y los de los jefes y oficiales fueron vanos. La tropa una vez franqueada la puerta, se formó como en batalla en la planicie de la derecha y se puso pecho a tierra. En esos momentos llegaba el 1 de línea que penetro, pero siguiendo el ejemplo de Zapadores se puso inmediatamente pecho a tierra. Grande era mi desesperación y aún mi temor de un revés, porque veía claramente que si el enemigo se apercibía de aquella vacilación y emprendía una vuelta ofensiva mi derrota era segura. Mande traer mi caballo que estaba muy cerca, monté en él, y poniéndome frente a aquella línea de hombres acostados, los exhorté, los estimule de cuantos modos me ocurría para hacerlos parar y cumplir con su deber; todo en vano, aquella tropa había perdido su moral. De cólera pisoteé la línea con mi caballo, y lo que logré fue estropear a muchos de ellos; ¡pero de levantarlos, nada!

En tales momentos, una verdadera lluvia de balas me cobijaba; mi caballo ya estaba herido, y yo con la ropa pasada en tres partes; el general Poucel se me colgaba de una pierna suplicándome que bajara del caballo. Yo no le hacía caso y quería mejor recibir un balazo que sufrir una derrota por la vacilación de aquella tropa.

-Cobardes! les gritaba yo, si tuviera yo siquiera cien hombres de mi división, verían como se bate un soldado...

En obsequio de la verdad manifestaré, que Mariscal, Pablo y los demás oficiales en pie, hacían esfuerzos por arrastrar su tropa al asalto, aunque sin conseguirlo. Sólo a un pobre oficial que noté se escondía tras un obstáculo, le di un balazo que lo dejé por tierra, aunque no lo maté. Mi furor no conocía límites en aquellos momentos, y mientras tanto, los muertos y heridos aumentaban considerablemente. Hice venir al batallón no. 17 que me servía de reserva, penetró, pero también se puso en el acto pecho a tierra.

Entonces me ocurrió un expediente que resolvió prontamente la cuestión y me produjo el mejor resultado. Fue el siguiente:

Marché a toda la velocidad de mi caballo, hacia donde tenía apostado al cuerpo de guardia municipal a caballo; estaba formado en batalla con carabina en guardia, en

la calzada de Bucareli; le hice poner sus carabinas en las fundas y poner mano al sable; luego colocándome a su frente le dirigí la palabra en los términos siguientes:

- ¡Soldados! ¡Viva el Supremo Gobierno!

-¡Viva! Contestaron todos con voz atronadora.

-Soldados!, proseguí, ¡La ciudadela está tomada!... ahora se trata de acuchillar a los dispersos que pretenden salvarse... vamos a ellos... ¡Por cuatro a la derecha... ¡Marchen!

El cuerpo me siguió al galope, cuando lo vi bien encarrilado, me adelanté a la carrera, penetré de nuevo en la planicie de la ciudadela y poniéndome frente a la infantería grité: -Voy con la caballería a tomar una posición que ustedes no han podido tomar... Cobardes!

En estos momentos el cuerpo de guardia municipal Penetraba sable en mano y sin vacilar un solo instante a pesar del vivo fuego del enemigo que ya comenzaba a mermar sus filas.

La infantería entonces, como impulsada por un mágico resorte, se levantó como un solo hombre y embrazando sus armas se lanzó siguiendo a sus jefes y oficiales sobre el edificio. A un tiempo llegaron infantería y caballería; el enemigo huyó en todas direcciones en el más espantoso desorden, la matanza comenzó. Nada podía contener el furor de los soldados que, avergonzados de sus momentos de indecisión, procuraban con su crueldad lavar su mancha. No había cuartel, el que no podía escapar por la huida, era prontamente abatido a bayonetazos o al corte del sable. En aquellos momentos, distinguí a un individuo casi mezclado con los dispersos del enemigo, lo alcanzo, le pongo la pistola en el pecho e iba yo a disparar cuando me grita con voz angustiada:

- ¡Pablo! ¡Soy Pablo!

Era en efecto Pablo mi hermano que estuvo a punto de sucumbir a mi mano.

A pesar de todo, el fuego del enemigo posesionado de la azotea no cesaba; hago venir al Coronel Pedro Yepes, le ordeno que con su batallón suba a la azotea y cargue a la bayoneta sobre sus defensores. Así lo hace. Entre tanto, la caballería persigue y acuchilla a los dispersos que no han tenido la fortuna de escapar. Yo persigo personalmente a un Jefe, le disparo los seis tiros de la pistola sin lograr tocarlo; se me escapa atravesando la zanja. Era el General Toledo, a quien ya en la batalla de lo de Ovejo, había dado un balazo en la cara, en la valiente carga que él y Pedro Martínez, me dieron.

En fin, a las doce de la noche, era yo completamente dueño de la posición, según había ofrecido al Señor Presidente por conducto del general Alatorre. La victoria era completa, aunque alcanzada a costa de mucha sangre.

Inmediatamente mandé al Coronel Lenar Chávez al Ministerio de la guerra, para que participara al Supremo Gobierno el triunfo obtenido, mientras yo en persona iba a hacerlo. Veinte minutos después, los repiques a vuelo de todas las campanas de la Catedral anunciaban a todos los habitantes de la Ciudad, que las armas del Supremo Gobierno acababan de obtener un espléndido triunfo.

En el Capítulo siguiente, inserto todos los documentos relativos a este hermoso hecho de armas, durante el cual la inquietud del Señor Presidente era extrema, sobre todo por mi persona en la que me hacia el favor de fundar todas sus esperanzas. Cuando desde Palacio escuchaba el vivo fuego de fusilería y artillería, decía a las personas que le rodeaban:

-Con tal que no hieran o maten a Rocha, el triunfo del Gobierno está asegurado, el me lo ha ofrecido y siempre me ha cumplido sus promesas.

En cuanto tuvo conocimiento del resultado de la operación, se dirigió a recogerse a su casa, tranquilo, satisfecho y contento.

Análisis del pasaje histórico.

A continuación, a partir de la historia narrada, se lleva a cabo un análisis de las diversas manifestaciones y aspectos tanto de la lealtad como de la deslealtad. Dada la amplitud de formas que este valor y el antivalor adoptan, es conveniente hacer un reconocimiento de éstas, reflexionando sobre su presencia, en las diferentes partes del texto histórico, con el fin de mostrar al lector algunas de las vicisitudes que se vivencian en el camino de la autorrealización cuando se apoya en el valor de la lealtad.

Al inicio del texto se puede observar la solidaridad y lealtad que siente Sóstenes Rocha por su familia.

...”me alojé en la casa de Pablo mi hermano Su familia se componía de María su esposa, joven simpática, fina y de costumbres virtuosas; dos pequeñitos, su hermana Manuela y sus suegros. Todos vivían en la más cordial armonía, cosa muy natural” (Rocha, 2008. p.436)

Tanto en la expresión que tiene con respecto a su hermano Pablo, señalando sus buenos sentimientos, como en el cumplimiento de los compromisos familiares por encima de los compromisos sociales, muestra su interés por la unión familiar.

“-Yo no entiendo de eso, me contestó en tono resuelto; mañana es día de mi santo y tú no puedes hacerme un desaire. Pon cualquier pretexto a tus amigos para que te excusen y te quedas, porque yo no paso por otra cosa.

-Pues bien, veré de hacerlo, le contesté.

-Nada de veré de hacerlo, replicó María; ofréceme desde ahora que te quedarás con nosotros y quedaré satisfecha.

Te lo ofrezco, le dije, vencido por su cariñosa insistencia”. (Rocha, 2008. p 437)

Si bien es cierto que establece compromisos sociales, estos intereses pueden disolverse, y esperar pues están por debajo de los lazos sanguíneos. La lealtad está sustentada en sus raíces y éstas están asociadas a la familia y a la patria.

De esta escena puede observarse que la lealtad está asociada a sus anhelos profundos personales. El no mantener un contacto con ellos puede desembocar en comportamientos y conductas que alejan al sujeto del propio sentido de la vida, de su autorrealización e impiden la formación sólida de una autoestima pues ésta, se apoya en el reconocimiento de los propios valores y del compromiso de alcanzarlos. Es decir, que la lealtad propia es el requisito del crecimiento personal.

En el texto se muestra la cordial relación que el General, mantenía con el presidente Benito Juárez a quién respetaba y le era leal.

“gozando yo ya de su mayor confianza, se me significo el deseo del Sr. Presidente de que yo permaneciese algún tiempo en la capital”. (Rocha, 2008. p 436)

Este hecho puede ser leído como una metáfora del compromiso que se tiene con la dirección interna de la propia vida. Es decir, que los compromisos y lealtades que manifiesta una persona en el exterior son la expresión externa del compromiso que tiene con aspectos de sí mismo. Por ello, puede también entenderse a la lealtad como el ejercicio responsable, comprometido, fiel y respetuoso que el sujeto tiene con la preservación y crecimiento de sus propios valores.

En contraposición a la lealtad, en la narración está el personaje de Joaquín Rangel quien, aparentemente se presenta como un ser cercano al General, como compadre y amigo, del que ha recibido distinciones y favores. Rangel, ha tenido el respeto del General, que, conociendo sus defectos, ha sido discreto y no lo ha exhibido. Joaquín Rangel, encarna un ejemplo de deslealtad, pues traicionando a su amigo, prepara una celada en un restaurante, con la finalidad de que el General sea asesinado por los porfiristas opositores al gobierno.

“Ese era el almuerquito que Rangel y sus amigos me tenían preparado. En cuanto sonó el cañonazo que anunciaba el movimiento revolucionario, el general Aureliano Rivera, a la cabeza de ochenta o cien hombres a caballo y bien armados, procedentes del rumbo de Popotla, se volvieron al galope hasta el Tívoli; se derramaron por todos los jardines y esculcaron todos los vericuetos buscándome y gritando:

- ¿Dónde está ese General Rocha? Que lo busquen, que lo atrapen; ¡Viva Porfirio Díaz! ¡Muera el indio Juárez!". (Rocha, 2008. p.438)

La traición que hace Rangel a su amigo no solamente se presenta externamente, sino que internamente, él, se traiciona a sí mismo. Su conducta manifiesta el acuerdo que éste tiene con la deslealtad. En ella ve su propio crecimiento, pero éste, no lo busca con base en los méritos propios, sino en el apoyo de otros sujetos que a la vez son traidores. Rangel, desleal a sí mismo, traiciona sus propios valores. Los conspiradores, por ambición, buscan el derrocamiento de la figura de autoridad. En la psicología de estos traidores, habita la envidia y la rivalidad. La falta de fe y de autovaloración en ellos, los hace buscar y arrebatarse a otros, el objeto que representa el valor que ellos mismos han proscrito dentro de sí. El principal rechazo del sujeto desleal es a sí mismo y a los propios valores.

Puede observarse en la narración, que los sujetos que se oponen a las actitudes leales buscan destruir principalmente a quien las abanderan. Existen dos visiones que sugieren al sujeto la posibilidad de crecer. Una, orienta al individuo hacia el conocimiento de sus propias cualidades, a fortalecerlas y aplicarlas en beneficio tanto de él mismo como de su grupo. La otra mirada, dudando de las capacidades propias sustentadas en el valor de sí mismo, prefiere despojar a otros para conseguir lo que anhela, y si para conseguir su objetivo es necesario destruir al otro, lo hará. Destruir al otro es la proyección y la continuidad de la destrucción que ha hecho de su propio valor. El desarrollo humano requiere de autenticidad y compromiso que son valores que da la lealtad.

Como contraparte de Joaquín Rangel está Francisco Porto, un ayudante leal con buenas cualidades militares, presto a realizar la labor que se le encomiende.

“...el capitán Francisco Porto, ayudante mío a quien yo estimaba particularmente por su valor y otras buenas cualidades militares, sin anunciarse y atropellando por todo penetró a mi cuarto, me desperté bruscamente y me dijo:

-Mi general, acaba de pronunciarse la ciudadela; me he venido como un loco corriendo por las calles, para participárselo a usted.” (Rocha, 2008. P.438)

Porto no es un ser carente de valores sometido por una autoridad, es un sujeto con conciencia que se ocupa de defender a otros, convencido del valor de la verdad. Cree en un sistema de valores externo porque cree en él mismo. Es un joven en proceso de acrecentamiento de la lealtad hacia sí mismo y hacia los seres con los que comparte tales valores.

La historia muestra como para llevar a cabo un proceso de lealtad, es necesario hacer acopio de los recursos que tal empresa requiere y tener la paciencia para irlos integrando y poniendo en orden. El General Rocha, comienza su labor estratégica protegiendo al objetivo principal y a los elementos centrales que pueden peligrar en la defensa

“Entre tanto y tal como yo lo había prevenido, al paso veloz llegaron al cuartel dos compañías del batallón que en el acto se armaron y municionaron; las destacué con sus respectivos oficiales, una a ocupar la azotea de Palacio y la otra las torres de la catedral; con orden de estar perfectamente listas a cumplir con las instrucciones que más tarde se les enviarían.” (Rocha, 2008. p.439)

En este caso, para poder ejercer la lealtad, es necesario fortalecerse y resguardar los valores que dan sentido de vida, al objetivo que se pretende defender. Por ello, antes de enfrentar a los traidores, es conveniente resguardar al Presidente Juárez. Ello significa que cada individuo, al defender su integridad, estará siendo leal consigo mismo y buscará como prioridad la defensa incondicional del objeto que le hace querer vivir.

La narración, muestra cómo en el momento de aceptar el reto de defender un objetivo los Generales Don Alejandro García, el Gral. D. Ignacio Alatorre y el General Junguito, se acobardaron:

“Lástima me dio el aspecto que tomaron aquellos tres Jefes, hubieran querido reducirse a nada, parece como que les estorbaba el volumen de su cuerpo. Sin duda se imaginó cada uno de ellos que iba a ser nombrado para llevar a cabo la difícil operación. No respiraban, no se movían y permanecían con los ojos bajos sin atreverse a ver de frente al Sr. Juárez.” (Rocha, 2008. p.440)

La historia muestra como todos los participantes que en un momento debieran presentar una actitud valiente, no lo hacen, sino que algunos de ellos quedaron poseídos por el miedo y

buscaron delegar en otros su responsabilidad. Todo sujeto, cuando no se atreve a enfrentar una situación que necesariamente lo exige, está siendo desleal consigo mismo. La cobardía es una manera de deshonorar los propios valores e ideales.

Sin embargo, cuando el General Sóstenes Rocha acepta el reto, inmediatamente el General Alejandro García se apodera del mando, dejando al General Rocha con el simple carácter de Comandante en Jefe de las fuerzas del asalto y el trabajo difícil del enfrentamiento y del abatimiento de los insurrectos.

“En el mismo instante Señor; dijo D. Alejandro García, que desde ese momento se abrogo el mando en jefe de todas las fuerzas de la plaza, dejándome a mí el simple carácter de Comandante en Jefe de las fuerzas del asalto”. (Rocha, 2008. p.440)

Esta escena muestra que, aunque un sujeto puede estar dispuesto lealmente a lograr un objetivo, haciendo su mejor esfuerzo. en ocasiones surgen otros sujetos, que sin hacer el esfuerzo tratan de presentarse como los realizadores de proceso, para que se les reconozca este mérito, aunque no lo hayan desarrollado. Esta, es una forma de traición y se da cuando un sujeto se quiere apropiarse de los logros de otro, usurpando así un lugar que no le corresponde, mostrando su falta de lealtad. Aquí, puede observarse el paralelismo que existe entre los que tienen una falta de lealtad a gran escala, por ejemplo, los conspiradores que trataban de usurpar el Gobierno y los sujetos que cotidianamente, realizan en pequeña escala esta misma conducta y que representan formas de deslealtad particulares.

El ambiente en el que se busca con lealtad, abatir a los traidores, en esta narración, no se reduce a un espacio mínimo, sino que el espacio social en el que se desenvuelve esta anécdota está inmerso en un estado de inquietud por las constantes conspiraciones del partido porfirista.

“Como el partido porfirista se agitaba incesantemente y no dejaba un momento de conspirar, temiendo el Gobierno que de un instante a otro se perturbara la paz pública”. (Rocha, 2008, p 436)

De manera similar, el encuentro con nuestros valores y su defensa implica una serie de enfrentamientos psíquicos personales que paulatinamente se han de encarar.

Las personas que no son leales a sí mismos, son sujetos que han desconocido los valores que los sustentan y que les dan razón de ser. Son zombis, o muertos vivos, pues, aunque actúan y se desenvuelven, lo hace sometidos a la voluntad de otros. Ser leal es estar comprometido con la propia esencia, la cual motiva a la vida. Cuando un sujeto desconoce sus valores, permite que lo habite el miedo. Ejemplo de ello se da en esta historia en el momento en el que el General Alatorre tiene miedo de cruzar por el lugar donde se desarrolla la lucha.

- “No sé Señor, me respondió el oficial, y luego acercándose a mí y en voz muy baja, añadió: Perdóneme usted mi general, pero me parece que como para venir acá, hay que atravesar varias bocacalles y sobre todas hace un fuego muy vivo la Ciudadela, no querrá el general exponerse inútilmente.

¡Inútilmente! Exclamé, nunca se expone uno inútilmente cuando cumple con el deber.”
(Rocha, 2008, p. 446)

Simultáneamente, en esta escena puede verse cómo el miedo de este sujeto es una expresión de la falta de confianza en él mismo, lo que se deriva de la falta de contacto y desarrollo con sus propios valores; pues si no los reconoce en él, se siente desvalidos ante el peligro.

En el avance de los que son leales, a veces hay desorden de los integrantes, pero se reunifican las fuerzas al tener presente nuevamente el ideal. Un ejemplo se da en esta historia, en el momento en el que se iban a desordenar las tropas por dos metrallazos.

“Apenas fuimos vistos cuando dos metrallazos a un tiempo y un fuego vivo de fusilería nos envolvió; casi toda la primera mitad y parte de la segunda con todo y sus oficiales, cayeron por tierra y la columna en desorden y haciendo fuego al aire retrocedió violentamente hasta cubrirse con el edificio de la Acordada”. (Rocha, 2008, p. 443)

Es natural también que los seres humanos, aunque procuren ser leales a una causa, sientan temor en determinados momentos. Estos miedos poco a poco se van dominando, en la medida en la que el sujeto va incrementando el conocimiento de sus propias habilidades, valores y del alcance que éstos pueden tener. Es decir, que los miedos y angustias en un sujeto, están directamente relacionados con el desconocimiento de los propios valores.

A continuación, el que en esta narración se pida que los rebeldes desleales e insurrectos sean eliminados,

“...hago venir al Coronel Pedro Yepes, le ordeno que con su batallón suba a la azotea y cargue a la bayoneta sobre sus defensores. Así lo hace. Entre tanto, la caballería persigue y acuchilla a los dispersos que no han tenido la fortuna de escapar.” (Rocha, 2008, p 450)

Lo anterior puede tomarse, para cada sujeto que busca su propio crecimiento psíquico, como una metáfora que implica, que en el ejercicio de la lealtad y en su lucha por preservar la vida y el gobierno de sí mismo, debe de extirpar o eliminar los elementos perturbadores de tal orden

Por otra parte, el que el Presidente Juárez le dijera confidencialmente al General Sóstenes Rocha, que había infiltrado a un agente suyo entre los sublevados para obtener información muestra una estrategia válida dentro de los procesos de lealtad, que representaría la deslealtad para con los desleales.

“Me dijo, por último, que había mandado a un agente suyo entre los sublevados para que lo tuviera al tanto de cuanto entre ellos ocurriese”. (Rocha, 2008, p. 441)

El aprendizaje que se deriva de este acontecimiento es que es posible infiltrar un caballo de Troya entre los sujetos que buscan promover en otros la deslealtad. Escuchar la postura del desleal y conocer su proceder, es una oportunidad para mejor entender y enfrentar los peligros y daños que pudieran buscar estos traidores. Por el contrario, la verdad requiere de allegarse a otros sujetos también leales, de personas confiables para lograr un objetivo y hacer acopio de los recursos adecuados para lograrlo. El ejemplo se da en esta historia, al elegir el personal y los materiales de guerra que utilizó el General para la toma de la ciudadela. Durante el desarrollo de una acción de lealtad, se pueden sumar otros sujetos también leales, que tienen la esperanza de ser reconocidos y considerados en un mejor lugar, como es el ejemplo del Coronel Ignacio Revueltas,

“Hermano, me dijo, mi situación es sumamente precaria me encuentro sin empleo y sin colocación alguna; vengo pues a acompañarte para que me maten a tu lado o para que cuando termines felizmente tu operación, como lo espero, me recomiendes con el

Supremo Gobierno a fin de que se me rehabilite y se me vuelva mi empleo.”. (Rocha, 2008, p.444)

lo que implica proyectar en el exterior y en otros, el propio deseo del sujeto, de reconocer en sí y para sí, sus propios valores

La lealtad comienza por uno mismo, al creer en los propios ideales y en la capacidad de lograrlos paulatinamente, es decir, implica confianza en uno mismo. Lo anterior, se ejemplifica en lo dicho por general Sóstenes Rocha: “sin jactancia, en toda las operaciones de guerra que he dirigido, mi primer factor ha sido la confianza en mí mismo”.

La lealtad trae aparejados otros valores como son: el arrojo, la valentía, la decisión, la oportunidad, la organización, la serenidad, la prudencia y la claridad en lo que se hace, por lo que puede decirse que este valor es fuente de desarrollo de otros muchos.

La objetividad, implica un acercamiento hacia el espacio donde se encuentra la acción para facilitar el logro del objetivo. También implica contar con estrategias adecuadas y observar los recursos con los que se cuenta y las limitaciones que se tienen, para prever las consecuencias negativas de una mala actuación.

La lealtad, involucra el entrar en un combate continuo con el enemigo. La narración de la toma de la Ciudadela es un ejemplo vivo de los procesos continuos de vida y muerte, que, como ya lo señaló Sigmund Freud, son parte del ser humano. Sin esta dualidad no hay movimiento ni cambio. Para que renazca el follaje de los árboles en primavera, deberán caer las hojas secas y alimentar con su esencia a la tierra con el fin de que el ciclo de la vida continúe.

En la lucha por conseguir un objetivo, a veces el sujeto puede obcecarse, cegarse y destruir lo que ama. Tal es el momento en el que el general Rocha estuvo a punto de matar a su hermano Pablo,

“En aquellos momentos, distinguí a un individuo casi mezclado con los dispersos del enemigo, lo alcanzo, le pongo la pistola en el pecho e iba yo a disparar cuando me grita con voz angustiada:

- ¡Pablo! ¡Soy Pablo!

Era en efecto Pablo mi hermano que estuvo a punto de sucumbir a mi mano (Rocha,2008, p. 450)

Pero también es cierto que existe una capacidad interna en el sujeto que lo hace reconocer a tiempo los equívocos y volver al orden y a la cordura, Estos valores también son expresiones de la lealtad a la vida y a la verdad.

El triunfo del General Rocha durante la toma de la ciudadela es entonces del resultado de la coherencia interna y de la claridad de sus ideales y valores. Esta historia, ejemplifica diversos aspectos a considerar por toda persona que desee seguir el camino de la autenticidad apoyado en un sentido profundo de la lealtad.

Conclusiones.

Reflexionar acerca de los valores humanos implica observar que cada uno contiene su opuesto complementario y que para la defensa de la vida cada uno de éstos, en un momento y circunstancia dada, cumple con la función general para mantenerla.

Existen valores considerados inherentes al ser humano, generales y formas de concepción particular para cada tiempo y espacio en individuos o en colectividades. Los grupos sociales perciben a los valores de acuerdo con lo que creen que les da subsistencia al grupo y los individuos hacen lo mismo. Ello conforma percepciones particulares de los valores que pueden estar relacionados con el cumplimiento y el deber. Pero también existen intuiciones en el ser humano que lo acercan a percibir un sentido más profundo de los valores y aunque su comprensión total es inalcanzable, existe una capacidad humana para intuirlos y acercarse a ellos. Esta intuición, está fundamentada en la propia vida del individuo, en su Self que su esencia, que es pulsión de vida, capaz de percibir las diversas manifestaciones y valores de esta.

De los distintos valores hay uno que se propone en este trabajo. La lealtad, como conciliador y articulador de los otros: el valor de la lealtad, pues éste, implica el compromiso profundo con el mantenimiento de la vida misma. Este valor, se manifiesta en las acciones cotidianas de los individuos que lo poseen y enriquece la múltiple manifestación de otros, en sus conductas, formas de sentir, sentimientos, pensamientos e ideales. Para otras personas la jerarquización de valores podrá ser distinta pues su orden está dado por las circunstancias personales y sociales, así como por el tiempo y en el lugar en que se observen.

Se presenta y analiza un texto del general Sóstenes Rocha Fernández, como ejemplo de lealtad en acción y expresión de múltiples valores y de una forma plena de expresión de vida.

El trabajo, derivado de la reflexión de la historia expuesta en el texto, muestra la lealtad y la deslealtad, la fidelidad y la traición, la verdad y la mentira, debatiéndose entre la vida y la muerte en una lucha extrema, al tiempo que las escenas narradas en la historia van creando conciencia en el lector de lo que significa estar comprometido con uno mismo y cómo ello, se manifiesta posteriormente en una lealtad hacia los elementos externos que representan a los valores en los que el sujeto ha puesto su fe.

Como resultado del análisis realizado, puede afirmarse que, cuando un sujeto es leal a sus convicciones tendrá una autoestima sólida que lo motivará y apoyará en la realización de sus propósitos, en tanto que los individuos que no son leales a sus propias convicciones tendrán una baja valoración de sí mismo y tratará de satisfacer sus ambiciones despojando a los que poseen dicha lealtad, de sus logros, llenándose de envidia y favoreciendo la traición.

Bibliografía

- Careaga L. (2014). *“Tú Y Los Valores Humanos”*. Ed. Palibro. La Paz Bolivia
- Ferrater J. (2001). *“Diccionario de filosofía”*. Tomo IV. Ed. Ariel. Barcelona
- Freud S. (2021). *“Mas allá del principio del placer y psicoanálisis y teoría de la libido”*. Ed. Verbum. Madrid
- Jung. C.G. (2004). *“La dinámica de lo inconsciente “*. Ed. Trotta. Madrid.
- Mullin, Richard P. (2005). *«Josiah Royce's Philosophy of Loyalty as the Basis for Democratic Ethics. »* En Leszek Koczanowicz y Beth J. Singer. *Democracy and the post-totalitarian experience*. Value inquiry book series: Studies in pragmatism and values 167. Rodopi. pp. 183-184. [ISBN 90-420-1635-3](#).
- Quirarte, V. (2002). 2001: odisea y ciudad. In *De Arcadia a Babel* (pp. 311-326). Vervuert Verlagsgesellschaft.
- Reyes, A. (2018). *De viva voz*. Fondo de Cultura Económica. México
- RIVA PALACIO, Vicente (1940). México a través de los siglos: historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde

la antigüedad más remota hasta la época actual; obra, única en su género. (G. S. López edición). México.

Rocha S. et all (2008). "*Laureles de Gloria*" *Hazañas del General Sóstenes*

Rocha. (s.f) Libro 2. 3a parte. *Ataque y toma de la Ciudadela de México*. El 1° de Octubre de 1871. Ed Eduardo De la Fuente Rocha. México

Rosas, A. (2019). *Cara o cruz: Benito Juárez (El debate de la historia)*. Taurus.

Sharp. D. (1994). "*Lexicón Junguiano*" Ed. Cuatro Vientos. Santiago de Chile.

Thilly, Frank (1908). "*Review of The Philosophy of Loyalty*". Philosophical

Review 17. Reeditado como Thilly, Frank (2000). «*Review of The Philosophy of Loyalty*. » En Randall E. Auxier. Critical responses to Josiah

Royce, 1885–1916. *History of American Thought 1: Continuum International Publishing Group*. [ISBN 1-85506-833-8](#).

Sanz J. (1977). "Filosofía de la historia". Centro de estudios Sorianos. Concejo Superior de Investigaciones Científicas. Castilla y León